

**Fernando
G. Delgado**

**La mirada
del otro**



Premio Planeta 1995

Begoña, heredera de la tradición de una familia de la alta burguesía, descubre en su marido al lector secreto de un diario íntimo en el que ella cuenta la prematura experiencia que le desveló su interés por los hombres mayores.

Su fidelidad a ese diario la inclina irremisiblemente a una doble vida en la que los deseos y la realidad se funden y confunden. A partir de aquí, y con una creciente intriga que cautivará al lector desde el principio, se asiste al duelo, muchas veces erótico, que esta compleja mujer sostiene entre la realidad y sus propios sueños.

La mirada del otro es un sobrecogedor viaje al desamparo y a la soledad. Con una prosa de inalterable hermosura, Fernando G. Delgado nos muestra su capacidad para implicar al lector en un entramado psicológico repleto de emociones tan intrincadas como verosímiles.

Esta novela recibió el Premio Planeta 1995.

Esta novela obtuvo el Premio Planeta 1995, concedido por el siguiente jurado: Alberto Blecua, Ricardo Fernández de la Reguera, Antonio Gala, José Manuel Lara Hernández, Antonio Prieto, Carlos Pujol y Martín de Riquer.

Para Isabel Miranda, que,
antes de marcharse para siempre,
de improviso, me animó a acabar esta novela

Así uní las palabras para quemar la noche, hacer un falso día hermoso, y pude conocer que era la soledad el centro de este mundo.

FRANCISCO BRINES

—¿No ha observado usted —dijo entonces Hildebrando— que los actos más decisivos de nuestra vida, es decir, los que corren más riesgo de decidir nuestro porvenir, son la mayoría de las veces actos imprudentes?.

—Así lo veo —respondió Audibert—. Es un tren al cual sube uno sin pensarlo y sin haberse preguntado adónde lleva. E incluso casi nunca se comprende que el tren le conduzca a uno hasta que ya es demasiado tarde para apearse de él.

ANDRÉ GIDE, *LOS MONEDEROS FALSOS*.

El extraño te ofrece la posibilidad de ser tú mismo haciéndote extraño.

EDMOND JABÉS

NO SE OYÓ NI EL RUIDO de la puerta. Daniel, como quien se asoma a ver qué pasa con la certidumbre de lo que pasa, apareció sin más en nuestra alcoba. Mentiría si siguiera sosteniendo que creí que él viajaría a Londres ayer tarde. Además, pude haber conseguido la confirmación del viaje con sólo llamar a su estudio. No lo hice. Daniel sabía lo que iba a pasar y creo que yo también lo intuía. Por eso no me sorprendí. Cuando él entró, yo estaba desnuda sobre la cama, medio sentada entre los almohadones, con las piernas abiertas, y sólo se me ocurrió tomar la pequeña toalla que tenía a mi alcance para cubrirme. Apenas me miró: fijó su vista en Ignacio. Tanto que Ignacio, como si en lugar de una mirada hubiera recibido de Daniel la amenaza contundente de un arma de fuego, agravó su torpeza para vestirse, atolondrado, no bien abrochada aún la camisa, con los calcetines puestos y recogiendo aprisa y con terror sus largos calzoncillos de la alfombra. Se encogió de hombros, disculpándose, como quien dice «son cosas de la vida» o quién sabe si, hablando para sus adentros, con una resonancia de bolero y un resabio de inevitable orgullo machista, «a ti te tocó perder». Me entró la risa. Daniel exageró más la mirada atenta con una agresividad que en él parecía prestada y que, al menos yo, no le había conocido antes en ninguna otra situación. Estaba cumpliendo, con la escrupulosa perfección y la maniática minucia a la que era dado, la ceremonia del marido ofendido. Yo conocía bien su forma acostumbrada de actuar y por eso su modo de desenvolverse en esta situación me pareció cercano a la parodia. Le gritó a Ignacio, con el mismo celo con que lo

hubiera hecho un padre o un defensor de menores que protegiera el honor de su criatura, que yo podía ser su hija, y lo que respondí con sorna, aunque tuve la sensación de ser una invitada de piedra, fue que sí, que efectivamente lo era. Daniel ni siquiera me oyó porque, no contento con esto, lo llamó, despreciándolo, «viejo asqueroso». Entonces reí de veras. Sin embargo, a Ignacio, lejos de indignarle la simpleza de los insultos de Daniel y los agravios mismos, sólo se le ocurrió insistir en su súplica de perdón mientras acababa de abrocharse los pantalones, su corbata en la mano y sin saber qué hacer con ella. Dijo perdón, perdón, apocado, falto de recursos. Y Daniel, a quien yo seguía contemplando en la representación de un papel que hubiera ensayado ya mil veces, se creció en la ira, altivo por humillado, y le propinó un fuerte golpe en la barbilla que lo hizo caer al suelo, rendido. Suplicaba piedad de una manera casi cómica al tiempo que salía corriendo. Daba lástima contemplar a un hombre pidiendo indulgencia con los zapatos en la mano, con un «por Dios, por Dios» en los labios que de puro cobarde hacía reír a cualquiera. No sentí lástima. Su actitud, exagerando como un débil la dimensión de la trampa, ha borrado para siempre el deseo que me quedara de él, de tan pequeño e indeseable como lo vi, tan indigno. Y ahora me asombro de que ni en los instantes más violentos profiriera yo una exclamación ni me inmutara en mi papel de espectadora más allá de la risa; si acaso borré el instintivo gesto de pudor que había tenido al cubrirme con la toallita y tiré ésta a un lado de la cama.

Cuando nos quedamos a solas, Daniel me dijo que me agradecía mucho que no me hubiera reído. Ni siquiera me había visto u oído reír. Después se sentó en la cama, a mis pies, tocándolos suavemente y mirando hacia la pared, con la apariencia de quien pasa de la ira a la serenidad más absoluta sin transición alguna. Su serenidad era envidiable. Me dio las gracias y se le notó que el agradecimiento era verdadero en su gesto de conformidad y de alivio. No fue

necesario preguntarle a él la razón de su gratitud: yo sabía muy bien por qué lo hacía. Cuando me dijo «lo siento» le asomó una vaga timidez en la disculpa. Y añadió después con firmeza: «Ahora soy libre». Yo sonreí porque Daniel es muy dado a las declaraciones enfáticas. Luego me levanté tras él y lo acompañé desnuda hasta la puerta, como si los dos hubiéramos convenido algún día que las cosas tenían que acabar así, que para despedirse no hacían falta más palabras ni otros gestos. Salió muy resuelto y no miró hacia atrás. No se llevó nada ni dijo si volvería o no por sus cosas o de qué modo se las llevaría. Tampoco habló de ningún sistema de reparto de aquello que nos fuera común. Se fue, dando las gracias simplemente, como un invitado que hubiera pasado unos días en casa. Estoy segura de que me imaginó contemplándolo a través de los visillos, presa de mí misma, volviendo al diario que me explica sin que la explicación cambie los hechos. Un diario es un simple instrumento de la memoria, aunque no todo lo que se recuerda se haya vivido realmente o, por lo menos, no del mismo modo. En cualquier caso, debo confesar que las figuras son todavía engañosas para mí en el recuerdo de ayer mismo, y por esta razón, ahora, cuando escribo, me parece mentira que pasara lo que pasó. La culpa no me impide aceptar la realidad, ni mucho menos, pero me asombra la capacidad que tiene la vida para sorprendernos, incluso cuando sabemos no sólo a lo que nos arriesgamos, sino lo que viene después, cuando el riesgo se cumple: esta sensación desolada de desposesión.

Primera parte

I. Diario de un encuentro

25 de diciembre de 1986

MI MADRE SE SENTÓ anoche a la mesa con nosotros nueve y sus seis nietos y contempló su obra familiar envolviendo la mirada complacida que dirigía al fondo del salón en una sonrisa ensimismada y lela. Su cabeza estaba bien erguida, como si el panorama familiar se extendiera más allá de la pared y sus ojos alcanzaran a contemplar, traspasando los muros, no sólo la mesa donde nos hallábamos sus hijos, sino infinitamente más allá: las mesas de Navidad que presidieron sus abuelos y sus padres. Después se recogió, concentrada, para rezar y de tanto esfuerzo como puso en el fingimiento de la humildad disminuyó su espalda y se quedó hecha un ovillo, acentuando la pequeña chepa que le ha traído la edad.

—El Señor ha sido bueno con nosotros —se pronunció piadosa, después de bendecir la mesa, y se quedó mirándonos, quizá a la espera de un amén.

Repasó a continuación, con la obstinada manía que mi madre tiene de recontar lo evidente, la espléndida salud de que gozamos y se congratuló de la buena posición de sus hijos: todos tenemos ya nuestras carreras terminadas. Aunque no se detuvo a mencionar sus propios méritos, con la precisión que los cataloga para sus adentros, había en su jactancia un implícito reconocimiento para sí misma, no faltaría más. Mi madre hace recuento de lo que somos resal-

tando siempre con orgullo nuestros indudables valores. Hasta que nos hace reír con cierto estruendo porque sabemos lo que viene detrás. Reímos para evitar el rubor, si no el ridículo. Los pequeños aprovechan las risas para organizar su propio jolgorio, pero les dura poco porque son de inmediato reconvenidos por la abuela. Eso sí, mi madre se reserva una buena parte de su intervención inacabable, y aquí viene lo que esperábamos, para recordarnos no sólo su buen juicio sino el esfuerzo que para ella ha supuesto hacernos crecer de esta manera ejemplar. Nunca hubo dificultad económica en la familia, se explica, ni siquiera en los tiempos más difíciles. Aunque, eso sí, no por la contribución de mi padre, que aportó apellido muy honroso pero escaso dinero, sino por la saneada economía familiar de sus progenitores. Anoche, acaso como novedad, se guardó en principio los reparos dirigidos a los matrimonios: a mi hermana Alicia, separada y vuelta a casar con José Ramón Rubio, a quien los chicos en el colegio llamaban ya, y no sin razón, «boca sucia». Se trata de un diletante para mamá, un golfo, un peligro en ciernes. A mi hermano Rafael, casado con una mujer cuyo mayor defecto para mi madre no consiste sólo en que no sea de nuestra misma extracción social, circunstancia que sobra referir, aunque a veces la pena se la haga mencionar, sino en que se empeñe en recordárnoslo con frecuencia con los modos más impertinentes de su clase. La ausencia de mi padre suele ocupar en su recuento anual una brevísima referencia y, después de lamentarla, como la fecha requiere invariablemente, comenta siempre que era un hombre de gran carácter. Hace un comentario tan ambiguo que no he conseguido nunca determinar, y anoche tampoco, si ese gran carácter que refiere mi madre constituyó para ella un motivo de admiración o más bien es un reproche, y me inclino más a pensar, sin falta de intuición razonable, en esto último. Tal vez por eso llego a la conclusión de que la ausencia de mi padre no es

un motivo de especial consternación para ella. Para mí, tampoco.

El discurso apenas varía en su esencia y dejamos a nuestra madre complacerse en su ventura como una parte más del rito familiar. Esta vez lo completó, por ejemplo, el belén del porche del jardín: no basta que lo sepamos, es necesario recordar cada año que nuestra abuela adquirió en loma a principios de siglo sus figuras napolitanas de indudable belleza. Mamá describe, otra vez, desde que éramos niños, cómo fue su delicado transporte. Luego habla del árbol de Navidad que ella decidió instalar en el centro de la piscina por primera vez en 1950, antes de esta moda que lo ha vulgarizado tanto. Todos los años rememora las dificultades que nuestro padre opuso a este empeño suyo, del que se siente ella tan orgullosa. Papá tenía a su parecer graves dificultades para complacerse en el lujo y veía como un gasto inútil y de gusto dudoso el hecho de limpiar la piscina en diciembre e iluminarla tan sólo para el capricho del árbol de mamá. Pero ella lo cuenta de otra manera y anoche lo hizo lamentándose de las dificultades que se imponen en este tiempo a sus ambiciosas iniciativas:

—Esto cuesta más cada año, hijos míos, porque el servicio es muy escaso y la gente está por vivir de cualquier manera.

No obstante, le agradecemos que se extienda en estas naderías, porque lo peor viene cuando decide interrogarnos sobre nuestras propias vidas y recomienda a Alicia intentar la anulación matrimonial ante el Tribunal de la Rota o anima a Rafael, que sólo tiene un hijo, a traer la parejita. Es entonces cuando Carmen, su esposa, presenta los argumentos que le parecen propios, con la general anuencia de todos nosotros, y mi madre, con dignidad ofendida, recuerda que aquélla es su casa y cuáles son los modos de su familia.

El guión es inalterable, año tras año, y naturalmente hay un momento en el que todos corean al unísono y no sin

sorna:

—Ahora, Begoña, mamá, ahora le toca a ella.

Bajando los lentes hasta la punta de la nariz, como si acentuara su propia caricatura, y con la incapacidad que la caracteriza para percibir la burla, mamá se dirige a mí y se lamenta:

—¿Es posible que yo muera, hija mía, sin verte casada como te mereces? Eres la única que queda, Begoñita, y son treinta y siete años ya; treinta y siete, hija mía.

Carmen suele decir para mi consuelo, y anoche volvió a cumplir con su «original» socorro, que más vale sola que mal acompañada, defensa que se diría que mi madre no escucha si no fuera por el rictus de desprecio con que obsequia a Carmen. Y no deja por eso de seguir hablando:

—Pero ese chico de Roma —vuelve a la carga—, ese tal Mauricio... ¿Ya no os veis, Goñi?

Me guardo de decir que Mauricio es un amigo, sólo un amigo, y oculto que de todos modos a Mauricio le interesan poco las mujeres. Cuando Mauricio viene a Madrid envía flores a mamá por mi cuenta y los dos acudimos a La Moraleja a visitarla.

—Mauricio es un chico muy fino, Goñi, pero los años pasan y la gente... Yo no sé, hija, lo que pensará la gente de ti, no lo sé, la verdad...

Una sombra de preocupación momentánea le ocupa la cara. Mis hermanos se divierten, y mamá, ajena, ¡da más bien cuando el humor se impone, levanta la copa y hace una especie de oración más que brindis para pedir que el año que viene nuestra Begoña nos traiga un marido.

—¿Te acuerdas de aquel chico de la Universidad, un sobrino de los García de Branda, que quería pedir tu mano? ¡Qué gran chico! Pero, hija mía, eres muy rara...

Y cuando se refiere a mis rarezas saca los ojos por encima de los lentes a ver si consigue concretarlas.

Su insistencia acaba, muy a su pesar, cuando uno de mis hermanos, ayer fue Luis, propone que se me deje en paz

ante mi resignado silencio. Un suspiro expresó anoche, tal vez como siempre, mi gratitud, o más bien mi alivio.

Al final, saturados de champán y de turrónes, pero sobre todo de mamá, cada uno se retira a su casa o visita otras casas de amigos. En el momento de la despedida espero siempre a que mi madre repita lo del año anterior:

—Y tú, Begoña, sola, una noche como ésta, sola en esa casa, como si no tuvieras familia... Podrías quedarte esta noche conmigo, hija mía, ¿no...? —Lo dio por imposible—: No te entiendo, hija, no te entiendo.

Decliné la invitación como mamá esperaba y arranqué el coche con ímpetu, harta de familia.

Ahora que lo pienso fue una temeridad alcanzar una velocidad de ciento ochenta por la carretera de Burgos y tomar Príncipe de Vergara como una exhalación. Me ayudó a ello el champán, sin duda, pero también la rabia. Puse la radio, sonó un villancico y no me molesté siquiera en cambiar de onda: la apagué, como si intentara apagar cualquier eco de estas malditas fechas. Sola, sí, sola. Me encontraba ya en la Castellana, llena de coches a esas horas, la gente en la calle. «No puedo entender esta nueva costumbre de la gente —diría mamá—; la Navidad fue siempre una fiesta de casa, de familia, en mis tiempos no había un alma en la calle».

Y acabé en Archy. Como una huida de mí misma. Ahora me explico por qué no me atrevía a regresar a casa. Quizá porque regresar y volver al espejo me devolvía a mi complicada realidad. La noche de Navidad evidencia en sus rutinas, sin duda, la dificultad de ser distinta. También en Archy —más bien solitario el lugar a esas horas, como si los figurines de moda que lo frecuentan tampoco consiguieran eludir los ritos familiares— me vi a mí misma como una alcohólica que reclamaba con ansiedad su whisky y trataba de mirarse en el vaso para eludir su extrañeza.

No recuerdo más con la maldita resaca. Esta mañana el sol me encontró culpable. El sol siempre ha sido para mí un

buen acusador después de las noches inútiles. Para colmo, era la mañana de Navidad y mi hermano Rafa, el primogénito, nos esperaba a mamá y a mí a comer en su casa.

—No hay manera de que oigas el teléfono cuando duermes, Goñi —me reprochó mamá, volviéndome a llamar por el estúpido diminutivo familiar.

26 de diciembre de 1986

AYER ME PASÉ EL DÍA intentando recomponer su rostro y no lo conseguí. En cambio, esta mañana, cuando oí su voz en el teléfono, me parecía estar viéndolo con toda nitidez. No comprendí cómo pude haber ligado con un hombre que me fuera menor. La borrachera no es suficiente pretexto cuando la culpa se apodera de ti y sientes una vergüenza inaudita. Quizá avergonzada me entregué a la amnesia y por eso mismo no escribí aquí ni una palabra más de esa noche en Archy.

Fue él quien esta mañana me ayudó a recordarla. Yo había dado unos pasos hacia un rincón del bar y percibí en el lugar más penumbroso, ocultándose de los espejos, el rostro de un hombre con barba que me miraba atentamente. Me escrutaba con descarado acierto y seguro que, tras mi apariencia de señora perfectamente catalogable entre las de buena posición y hasta distinguida, estaba reconociendo a una prostituta que disimulaba su empeño con inquieta timidez. Aquel hombre consiguió exasperarme más de lo que yo misma había conseguido exasperarme. Pagaba ya para marcharme, algo ebria, cuando alguien posó su mano en mi hombro y pronunció mi nombre. Era un rostro conocido, pero no conseguí de pronto identificarlo, bien por mi torpeza habitual, incrementada por la bebida, o bien por las desfiguraciones del tiempo. Él se dispuso a que lo reconociera, sin dar más pistas, con la mirada de espera exigen-